

## **LAS TEORÍAS DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN**

por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

La figura del ilustre jesuita Teilhard de Chardin es, ante todo, una figura simpática. Sus ideas lo han llevado de los gabinetes científicos a los salones mundanos e intelectuales. Hablan de él los sabios, con admiración entusiasta, unos, y sonrisa de desdén, otros; las señoras aficionadas a lecturas de moda; los estudiantes inquietos y los periodistas cazadores de sensacionalismo. En verdad, honradamente, no se sabe quién está más cerca, en sus juicios, de la ponderación exacta o del ataque merecido. En vida, fue un investigador dominado por una fiebre devoradora. Arqueólogo, antropólogo, paleontólogo, teólogo, filósofo, poeta místico, prosista elegante, avanzó en todos los caminos que conducen al gran misterio de la vida, del origen del hombre, de su destino y de la ciencia divina. Fue, en una palabra, un cultor de la antropología filosófica que buscaba, no sólo el fin del hombre, sino su génesis y el mismo origen de la vida.

Los estudiosos que podrían serle comparables son muchos, tanto en otros como en estos tiempos, pero sería difícil colocarle uno a su lado. Los místicos soñadores, con fundamentos científicos o pseudocientíficos, del siglo XVIII o del siglo XIX, que coinciden, en síntesis, con sus ideas, empezaban por desconocer las teorías antropológicas y paleontológicas del siglo XX. Encaramos, de pronto, la originalidad de sus ideas. A ellas vamos a referirnos, pero antes sigamos con su personalidad. Sabido es que por sus afirmaciones fue perseguido y, en cierto modo, condenado al silencio. También se le echó en cara el haber conocido a la

mujer, físicamente, a los treinta años, según confesión propia, y el haber declarado que el hombre no puede vivir sin la mujer. Estas cuestiones que, a lo sumo, pueden afectar la disciplina eclesiástica, tan controvertida, en estos momentos, en lo que se refiere al matrimonio de los sacerdotes, no se relacionan con su pensamiento científico. Es lógico que la Iglesia católica, exceptuando a los jesuitas, lo combata, y que los jesuitas, después de su muerte, lo defiendan. Un estudioso jesuita nos decía: "Los ateos defendían el transformismo cuando la Iglesia lo negaba. Ahora que un jesuita lo defiende, lo niegan". La afirmación es demasiado rotunda. El transformismo puede ser discutido y negado; la evolución, no, pues la constatamos hasta en animales de corral. La discusión teológica también podría ser indiferente a muchas personas. No olvidemos las negaciones y ataques que sufrió Santo Tomás, hoy considerado el príncipe de los teólogos cristianos. El Santo Oficio de Roma declaró el 30 de junio de 1962: "Advertencia. Ciertas obras, incluso póstumas, del Padre Teilhard de Chardin se difunden y conocen con éxito que no es pequeño. Sin juzgar lo que concierne a las ciencias positivas, está suficientemente de manifiesto que en materia filosófica y teológica tales obras están llenas de ambigüedades, o, más bien, de graves errores que atentan a la doctrina católica. Por ello, los Eminentísimos y Reverendísimos Padres de la Suprema y Sagrada Congregación del Santo Oficio invitan a todos los Ordinarios y también a los Superiores de Institutos religiosos, a los Superiores de Seminarios y a los Rectores de Universidades, a defender eficazmente a los espíritus, sobre todo de los jóvenes, contra los peligros de las obras del Padre Teilhard de Chardin y de sus acólitos".

Un Comité Científico y un Comité general, ambos integrados por personalidades eminentes en las ciencias, editan las obras de Teilhard de Chardin y defienden sus teorías. El sabio imparcial, que busca la verdad aun cuando ella pudiera afectar a ciertas afirmaciones de la Iglesia, debe liberarse de las tendencias que lo arrastran hacia uno u otro extremo, investigar y juzgar por su cuenta. Mientras unos autores llaman a Teilhard de Chardin "genio de nuestros tiempos", otros lo presentan como un simple gnóstico que se inspiró en la obra de Eduardo Schuré, *Los gran-*

*des iniciados*. Este viejo libro, en otros tiempos leído con admiración por los estudiantes secundarios, medio teosófico y más literario e imaginativo que científico, fue mencionado, con el encanto que en todas partes producía su lectura, por Teilhard de Chardin, pero sólo con mala fe puede decirse que hizo posibles sus teorías.

Hemos escrito que Teilhard de Chardin era hombre de amplísima cultura. Vivió un momento intelectual, hace más de medio siglo, en que estaban de moda ciertos libros que lo mismo se inclinaban hacia el más rudo materialismo que hacia el más ilusionado espiritualismo. Positivistas y soñadores se daban la mano en su alejamiento del catolicismo. Teilhard de Chardin, católico y jesuita, apasionado por las investigaciones antropológicas y paleontológicas, oscilaba entre las doctrinas darwinistas, el positivismo comtiano, la seductora teosofía y el excelso amor a Dios que fluía de la poesía mística, tanto española como alemana. Si hubiera sido un hombre totalmente libre, un profesor de Universidad ateo o indiferente, nacido en un ambiente no católico, se habría olvidado de la Iglesia, del catolicismo y de Cristo para caer en la acostumbrada mezcla de materialismo y espiritualismo que distingue a quienes dicen adiós, definitivamente, a la doctrina católica. Como pertenecía a una orden severísima y no podía alejarse de ella, mezcló todos sus amores en una teoría que concilia lo que para muchos, era y es inconciliable.

Teilhard de Chardin consagró su vida al estudio intenso. Sus ensoñaciones, su resistencia al silencio, lo convirtieron en un perseguido. Por ello, muchos de sus biógrafos lo han considerado un santo. Hay quienes confiesan que no comprenden sus teorías. Se trata de gentes sin ninguna preparación científica. Un eminente paleontólogo, tal vez el más destacado de América, nos dijo: "Empecé a leer a Teilhard de Chardin, pero cuando advertí que mezclaba problemas científicos con cosas de *religión*, tiré el libro a otra parte". Este profesor lo comprendía demasiado y no tenía tiempo que perder. Lo que, en algo, salva a Teilhard de Chardin es que expuso sus teorías como hipótesis, lo cual revela mucha humildad; pero estas hipótesis son presentadas por sus discípulos como hechos indiscutibles, lo que equivale a caer en el descrédito. El hecho

de la vida es por sí mismo excesivamente complejo y misterioso para que pueda ser analizado y explicado en una forma definitiva. Teilhard de Chardin lo hace; pero sus hipótesis no convencen a los católicos en general, a los materialistas ni a muchos espiritualistas. Sus obras han sido analizadas en todos los sentidos. En estos análisis intervienen pasiones científicas y pasiones de política religiosa. Sus biógrafos dicen que un día podrá hablarse claramente y que entonces se sabrán hechos que todavía no es posible revelar. Ignoramos, concretamente, de qué pueda tratarse. Teilhard de Chardin murió, repentinamente, el día de Pascua de Resurrección de 1955 y desde entonces se le discute y presenta como un genio que empieza a abrir las puertas de una ciencia nueva o un soñador cuyo juicio está definitivamente cerrado.

Los admiradores de Teilhard de Chardin muestran su visión del mundo como una de las creaciones más originales y más maravillosas de nuestra época. Su libro cumbre, *El fenómeno humano*, lo redactó entre 1938 y 1940. Unos años más tarde, entre 1947 y 1948, lo corrigió y amplió. El libro está escrito con claridad y elegancia. No tiene las obscuridades que podrían encontrarse en otros de sus escritos. Es una descripción del nacimiento y de la evolución de la vida que se convierte en una contribución a la fenomenología de lo cósmico. El lector asiste a una síntesis y presentación de la Creación. Esta inmensa evolución tiene como coronación y culminación el cristianismo. Cristo, por tanto, es el punto máximo, el punto Omega. Toda la creación, en síntesis, no es otra cosa que la función del Verbo Encarnado. Dios dirige esta evolución. El propio autor advierte que su libro no debe ser juzgado como una explicación del mundo, sino como una introducción a una explicación.

Teilhard de Chardin parte del viejo principio de Protagoras de que el hombre es la clave del Universo, la medida de todo cuanto existe. El hombre se encuentra a sí mismo y se autocontempla. Para ello tiene muchos sentidos. El hombre es la "cima momentánea de una Antropogénesis que corona a su vez una Cosmogénesis". Por ello, Teilhard de Chardin ha dividido su obra de acuerdo con este plan: la Previda, la Vida, el Pensamiento y la

Sobrevida. El pasado no puede ser descripto como fue realmente, sino como se le ve desde el punto en que nos ha colocado la Evolución. El hombre no es un centro estático del mundo, sino un eje y una flecha de la evolución. Las fibras del compuesto humano se confunden con la trama misma del Universo. La materia tiene tres caras: la pluralidad infinita en que está dividida, la unidad que tienen entre sí esas partículas y la energía, o sea, “la medida de lo que pasa de un átomo a otro en el curso de sus transformaciones”. La materia “nunca se repite en sus combinaciones”. El átomo no es un centro microscópico y cerrado, “es el centro infinitesimal del mundo mismo”. La materia evoluciona desde un pasado insondable hasta un Porvenir ilimitado. Su origen fue tal vez la explosión de un inmenso átomo. La ciencia da explicaciones impresionantes, seductoras, para describir las primeras evoluciones de la materia. Teilhard de Chardin se enrola en una de ellas, la más conocida. Comprende sus dificultades y propone no contemplar el mundo sólo por lo exterior de las cosas, sino por su interior. La velocidad modifica las masas. “Todo cuerpo irradia”.

Esta conclusión básica de Teilhard de Chardin nos pone frente a una realidad y unos antecedentes que destruyen su originalidad. En primer término, la concepción de la materia dividida en átomos infinitesimales cuya unión fortuita es el origen de todo cuanto existe se remonta a Epicuro y a Demócrito. Luego, el principio de que todo cuerpo irradia, de que “no hay fuerza sin materia, ni materia sin fuerza”, es la conocida afirmación del materialista Luis Buchner en su popular obra *Fuerza y materia* del siglo pasado. En esta obra encontramos antecedentes que muy bien pudo conocer Teilhard de Chardin. “El Universo —decía Heráclito— que para todos es el mismo, no es creación de los dioses ni de los hombres; ha sido y será siempre un fuego vivo que se reanima y se extingue en virtud de determinadas leyes; es un juego con que Júpiter se divierte a sí mismo”. “La fuerza no es un Dios que da impulso —escribió el famoso fisiólogo holandés Jacobo Moleschott—; no es un ser separado de la substancia material de las cosas. Es la propiedad inseparable de la materia, que le es inherente de toda eternidad. La idea de una fuerza que no estu-

viese unida a la materia, que vagara libremente por cima de ella, sería absurdísima. El ázoe o nitrógeno, el carbono, el hidrógeno y el oxígeno, el azufre y el fósforo tienen propiedades que les son inherentes de toda eternidad.” “Ninguna fuerza puede nacer de la nada”, escribió Liebig, y Cotta, el materialista italiano, agregó: “Nada en el mundo nos autoriza a suponer la existencia de las fuerzas en sí y por sí mismas, sin cuerpo de que emanen y sobre el cual obren”. En síntesis, la fuerza es sólo una mera propiedad de la materia, como concretaba Buchner.

La concepción de Teilhard de Chardin de que la materia posee una fuerza, de que todo cuerpo irradiaba, no es, por tanto, una invención original, sino la repetición de principios materialistas bien conocidos del siglo XIX.

Una de las afirmaciones más originales de Teilhard de Chardin es la de que “la conciencia aparece con evidencia en el Hombre y, por tanto, entrevista en este único relámpago, tiene una extensión cósmica y, como tal, se aureola de prolongaciones especiales y temporales indefinidas”. En otros términos: el origen de la conciencia humana se encuentra en la partícula material más ínfima y con la evolución se va intensificando. La conciencia es una propiedad cósmica. Sus términos inferiores se pierden en la noche. “Podemos estar seguros —escribe nuestro autor— de que a la conciencia más desarrollada corresponderá siempre un armazón más rico y mejor ajustado. El más simple protoplasma es ya una sustancia con una complejidad inaudita. Esta complicación aumenta, en proporción geométrica, desde el Protozoo a los Metazoos, cada vez más elevados. Y así sucede siempre y por todas partes en lo que concierne a todo lo demás”. La energía espiritual es una potencia interior impalpable. Dentro de una misma perspectiva racional se puede agrupar Espíritu y Materia. Es necesario —dice Teilhard de Chardin— tender un puente entre las dos orillas, física y moral, de nuestra existencia; pero, agrega, “la Ciencia ha decidido ignorar provisionalmente la cuestión de entrelazar de una manera coherente las dos Energías del cuerpo y del alma”.

No sabemos a qué Ciencia se refiere Teilhard de Chardin. Hace años, en el materialista siglo XIX, el gran Moleschott decía: “Ha pasado la época en que se consideraba al

espíritu independiente de la materia; pero también están lejanos los tiempos en que se creía rebajado al espíritu porque sólo se manifiesta en la materia". Y Luis Büchner, el otro gran materialista, agregaba, refiriéndose a los fanáticos cristianos que se torturaban y despreciaban el cuerpo y la materia: "Despreciar la materia; —desdeñar uno su propio cuerpo porque forma parte de ella; —considerar a la naturaleza y al mundo como polvo del que es necesario desprenderse; —maltratar y atormentar al cuerpo, —sólo de la ignorancia y del fanatismo puede provenir semejante aberración. Pero el que en sus estudios ha seguido a la materia en sus mil y mil ocultos caminos; aquel cuya mirada ha penetrado sus poderosas e innumerables manifestaciones; el que ha reconocido que la materia no está subordinada al espíritu, sino que es igual a éste; el que sabe que no pueden existir el uno sin la otra, y que la materia es la base de todas las fuerzas espirituales, de todas las grandezas humanas y terrestres; ese participará quizás del entusiasmo de uno de nuestros pensadores más notables hacia esa materia tan despreciada en otros tiempos. El que rebaja a la materia se rebaja a sí mismo y rebaja a toda la creación; el que maltrata su cuerpo, maltrata también su espíritu, y se expone también a una pérdida segura en vez de la ganancia imaginaria que para su alma espera obtener".

El principio de Teilhard de Chardin de que la consciencia es inherente a la materia y que evoluciona a medida que evoluciona la materia, lo encontramos, al igual que el otro principio, de que no hay fuerza sin materia, en conocidos autores materialistas del siglo XIX.

\* \* \*

No es necesario seguir a Teilhard de Chardin en sus hipótesis de la formación actual de la tierra y de cómo apareció en ella la vida. Son muchas y atrayentes las teorías y todas inseguras por ser simples deducciones e imaginaciones. La convicción de que la materia tiene una fuerza y el sentido de la consciencia humana se halla en la materia desde sus más remotos orígenes termina un día con la aparición de la vida sobre el planeta. La vida surge como resultado de procedimientos químicos y físicos. El quimismo mineral y el quimismo orgánico son, para Teilhard de Chardin, las dos caras inseparables de una misma operación te-

lúrica total. De manera congénita lleva la previda. La materia, fuerza y consciencia están unidas. Es lo que afirman, categóricamente, los materialistas del siglo XIX. De pronto, como si hablara cualquiera de ellos, dice Teilhard de Chardin; estalla la vida. “¡He aquí la vida!”

El origen de la vida es para Teilhard de Chardin, como para sus maestros materialistas, un proceso químico y físico. Dios no hace falta ni es mencionado. Al sabio ateo, la palabra Dios interesa poco. Lo que le interesa es saber si la hipótesis expuesta es verdad o es mentira. Y esto no se sabe y, tal vez, no se sepa nunca. La vida comienza con la célula y la célula es, y será por mucho tiempo, un misterio. Teilhard de Chardin relaciona lo Microorgánico con lo Megamolecular. Este mundo megamolecular tardó un tiempo inmenso, imposible de precisar, para establecerse en la tierra. Las proteínas también debieron tardar infinitamente para formarse. Aparecida la célula, hay que imaginar un salto de lo preconsciente incluido en la Previda a lo consciente del primer ser viviente verdadero. Es el tránsito crítico de la molécula a la célula. Las huellas de este tránsito, realizado en las fronteras de lo ínfimo, no hay esperanzas de encontrarlas. Estamos, pues, en plena hipótesis. Todo lo que Teilhard de Chardin imagine después, hasta llegar a la Primavera de la Vida, es ensoñación pura. Es indudable que la vida apareció un día sobre la tierra, pero nadie puede decir cómo apareció. Aunque los químicos provoquen el mismo fenómeno en el laboratorio, no podría afirmarse que en la misma forma surgió en el pasado. Lo actual no puede servir de ejemplo de lo que fue ayer. Ciertos fenómenos se dan una vez y no se repiten jamás.

La vida se expande de muchas maneras sobre la tierra. Cualquier biólogo puede explicarlas. La vida se ramifica o segmenta en su progresión. Por fin aparece el Phylum, “el haz viviente”, “realidad colectiva”, “polimorfo y elástico”. Se disocia en phylas secundarias, variantes o armónicas del tipo fundamental. La vida asciende. Teilhard de Chardin es contrario a la escuela fijista que ve en la historia de los seres vivientes mamíferos siempre mamíferos, equinos siempre equinos, y así sucesivamente. La naturaleza destruye las pruebas. Hay que imaginarlas, pero los fijistas no las imaginamos. No queremos convertir la ciencia en una materia

de fe. Vemos evoluciones de un mismo ser, no vemos transformaciones de un ser en otro ser. Teilhard de Chardin es un evolucionista y transformista. Las diferencias de marsupiales que había en Australia, por ejemplo, donde se los encontraba de todas las formas, le hace suponer que en todos los demás seres ocurrió lo mismo. Si así es, no salimos del campo de la evolución, no entramos en el de la transformación. Teilhard de Chardin, repetimos, la acepta como cualquier darwinista moderno. Los naturalistas siguen estudiando el problema.

\* \* \*

La originalidad de Teilhard de Chardin en estos estudios consiste en colocar "el juego de la conciencia" en "el sistema nervioso". En los animales, agrega, "existe un cierto interior que puede ser aproximadamente mensurable de acuerdo con la perfección de su cerebro". ¿Tienen seriedad estas palabras? Las hemos leído muchas veces en divulgadores nada serios. Teilhard de Chardin cree que es posible distribuir los seres vivos por su grado de cerebralización. A medida que aumenta el cerebro aumenta la conciencia del mismo. El cerebro es un indicador y una medida de conciencia. En la superficie están las fibras y los ganglios; en profundidad, la conciencia. Hay un aumento irreversible de los cerebros, no sólo cuantitativo, sino cualitativo. Son las conciencias que se desarrollan. Este fenómeno culmina en el Hombre. La vida es, por tanto, una ascensión de conciencia. La rama vegetal también tiene una conciencia a la cual obedece. Lo probarían las "trampas" para cazar insectos que montan algunas plantas. Los Primates son la rama maestra de la Vida, una flecha de esa rama, y los antropoides, el brote en que termina esa flecha. Es en este brote donde aparece el pensamiento.

En hipótesis y en teoría todo puede afirmarse, pero si se buscan pruebas se cae en lo imposible. Es indudable que cada ser vivo, desde la planta hasta el hombre, tiene un instinto que se adapta a sus necesidades. Mas una cosa es el instinto y otra es la conciencia. El individuo, según Teilhard de Chardin, se hace persona cuando el grupo se hominiza. La hominización es el salto individual,

instantáneo, del instinto al Pensamiento. Interviene la psicología, una paleopsicología que no es posible realizar. ¿Cómo apareció el pensamiento? ¿Existió siempre, junto al instinto? Nada sabemos. Lo que sabemos es que, en un momento dado, a fines del terciario, los hombres se encontraban en África, en Europa y en Asia. Teilhard de Chardin cree en una hologénesis, es decir, en una serie de focos de hominización. Los hombres habrían aparecido, simultáneamente, en muchos lugares a la vez. Sin tener en cuenta el relato bíblico, no creemos en esta poligenética. Somos monogenistas por muchas razones. El Pitecántropo de Java y el Sinántropo de China, los restos más antiguos de hombres que se conocen, de cien o doscientos mil años de antigüedad, no coinciden con los monos que les pueden ser más próximos. Hace sesenta mil años, desaparecen los prehomínidos y nos encontramos con los Neandertalianos. El hombre es un hombre que trabaja, que habita en cuevas, que sepulta a sus muertos y tiene inteligencia.

Lo que viene después es bien conocido por los prehistoriadores. Teilhard de Chardin se complace en describirlo poéticamente y científicamente.

\* \* \*

Hemos visto la historia del hombre prehistórico, desde las hipótesis de sus orígenes hasta la época cuaternaria, paleolítica y neolítica, en que nuestros antepasados no se diferenciaban mucho de nosotros. Somos el *homo sapiens*. Y de aquí en adelante todo lo que dice Teilhard de Chardin es síntesis de hermosas descripciones. Pero lo que él destaca, en este camino, es el pensamiento como parte de la evolución, el camino ascendente de la Consciencia desde la Materia en vías de organización. Es una onda que "arrancó en el mismo momento que la luz de las primeras estrellas". La ansiedad humana está ligada con la Reflexión y es tan antigua como el mismo Hombre. En el porvenir existe para nosotros, "bajo alguna forma, por lo menos colectiva, no ya una sobrevivencia, sino una *sobrevida*". La evolución ha sido una ascensión de consciencia, y ésta, un efecto de unión. La Humanidad "no puede ser definida más que como un Espíritu". En el futuro, la Ciencia podrá construir artificialmente una Neovida. "La Trama del Universo, al hacerse pensante no terminó aún

su ciclo evolutivo". La Tierra se está cubriendo de granos del pensamiento, se está envolviendo en una sola envoltura pensante hasta formar un solo y amplio grano de Pensamiento, a escala sideral. De aquí es posible un salto hacia lo Radial, un nuevo paso hacia la génesis del espíritu.

Estamos en plena teoría teilhardiana, en una de sus partes más audaces después de haber colocado el origen de la Consciencia en la más lejana formación de la materia. Ahora la tierra está cubierta por el pensamiento. La idea de un espíritu de la tierra aparentemente es indemostrable; pero para Teilhard de Chardin el hecho es posible. La energía es el nuevo espíritu, el nuevo dios. Es "una entidad universal flotante, de la cual emerge todo, y en la que todo regresa como en un océano".

Ahora bien: si la Evolución fue una ascensión hacia la Consciencia, esta evolución "debe culminar hacia adelante en alguna Consciencia superior". Esta Consciencia lleva dentro de sí el máximo de la perfección de nuestra propia Consciencia. Por ello llega a ser Suprema. La curva de la Hominización no puede prolongarse hacia un estado difuso. "El pensamiento sólo puede extrapolarse hacia una hiper-reflexión, hacia una hiperpersonalización". El Espacio-Tiempo que ha engendrado a la Consciencia es convergente. Sus capas confluyen en un punto. Este punto, Teilhard de Chardin lo llama Punto Omega, Punto Grande. Este Punto hay que verlo más allá de nuestras almas. El Tiempo y el Espacio se sobrehumanizan. Lo Universal y lo Personal "crecen en el mismo sentido y culminan simultáneamente el uno en el otro". Lo Universal-Futuro no puede ser otra cosa que lo hiperpersonal en el punto Omega. Teilhard de Chardin admite que el Universo en un "colector y conservador de Conciencias". Agrega: "La concentración de un Universo consciente sería inimaginable si, simultáneamente a todo lo Consciente, no agrupara en sí todas las conciencias". Las partes que constituyen esta unión "se perfeccionan y culminan en un conjunto organizado". En esto se diferencia la teoría de Teilhard de Chardin de todos los panteísmos: en que los panteísmos rinden culto a un Gran Todo en que los individuos se pierden o disuelven como una gota de agua en el mar. La Ley de la Unión, en cambio, adiciona, no diluye,

las conciencias. El Omega, principio último y esencial, es “un Centro distintivo que irradia en el corazón de un sistema de centros”. El Yo es atraído por el Omega y llega a ser personal al universalizarse. El Amor que une a dos amantes, hasta perderlos “el uno en el otro”, que se realiza “de una manera tan cotidiana a una escala reducida”, puede repetirse un día “a la de las dimensiones de la Tierra misma”. En la “cumbre del mundo” hay “una especie de Alma de las almas”. “La función cósmica de Omega consiste en esbozar y en mantener bajo su irradiación la unanimidad de las partículas reflexivas del Mundo”. Este punto Omega es independiente de la Muerte. Escapa al Tiempo y al Espacio. Tiene cuatro atributos: autonomía, actualidad, irreversibilidad y transcendencia. La muerte se hominiza. Las almas llevan hacia arriba su carga intransferible de conciencia. “La Noosfera alcanzará colectivamente su punto de convergencia en el Fin del Mundo”. Ahora bien: el fin de la Tierra está muy lejano. En este tiempo “el progreso” se desarrollará en “una forma colectiva y espiritual”. La ciencia avanzará fantásticamente. El hombre es la clave de toda Ciencia de la Naturaleza. Y la Ciencia “va a encontrarse de una manera siempre progresiva cara a cara con la Religión”.

Por primera vez Teilhard de Chardin habla de religión. La Ciencia y la Fe, dice, no pueden disminuirse mutuamente; por el contrario: no pueden desarrollarse la una sin la otra. Ambas están animadas por una misma vida. “La Ciencia no puede traspasar sus propios límites sin colorearse de mística y cargarse de fe”. Teilhard de Chardin cree en un progreso que lleva el Universo a una perfección irreversible, a un mejoramiento casi indefinido del organismo humano y de la sociedad humana. La Religión y la Ciencia son las dos fases que pueden contemplar y abarcar el Pasado y el Futuro de la Evolución. Millones de vibraciones humanas, una capa inmensa de conciencias, un millón de años de Pensamiento, presionando hacia el Porvenir. Todo esto puede invadir astros deshabitados o “establecer una relación psíquica con otros focos de conciencia a través del espacio. Pueden unirse y fecundarse mutuamente dos Noosferas”. Etcétera.

Cuando se llegue al Fin del Mundo, el Espíritu se separará de su matriz material y descansará en el seno de Dios-Omega. Teilhard de Chardin admite dos hipótesis: el Mal, el fin del Mundo, puede estar vencido por la Ciencia, lo mismo que el Odio, o si no, con la misma intensidad que el Bien, puede haber alcanzado su paroxismo. Las profecías de Teilhard de Chardin respecto al fin del mundo admiten dobles posibilidades. Total: se llegaría a “un éxtasis fuera de las dimensiones y de los marcos del Universo visible”.

El fenómeno cristiano contiene una solución del Mundo. El Reino de Dios es una “prodigiosa operación biológica: la de la Encarnación redentora”. Cristo, por ser hombre, “se halla dispuesto, desde siempre a curvarse sobre sí mismo, a depurar, a dirigir y a animar supremamente la ascensión de las conciencias, ascensión en la que él mismo se halla inserto”. En esta forma, una vez transformado todo, como dice San Pablo, “no habrá más que Dios, todo en todos”. Este es un panteísmo que no sabe de confusiones ni de aniquilación. Dios es el Centro de los centros. “Es en esta visión final donde culmina el dogma cristiano”.

Teilhard de Chardin defiende su teoría. La dominación de Cristo, en una Naturaleza de trama pluralista y estática, podía confundirse con un poder extrínseco y sobreimpuesto. En cambio, en un mundo convergente, en el que Cristo ocupa el centro, la Cristogénesis de San Pablo y San Juan es la prolongación de la Noogénesis en la que culmina la Cristogénesis. Cristo se viste con la majestuosidad de su creación. El hombre descubre a su Dios a través de la inmensidad del Mundo y puede decirle que lo ame, no sólo con su corazón, sino con todo el Universo en vías de unificación. Es una creación que sólo puede hacerse en el seno del Espacio-Tiempo. Esta será la Religión del Futuro.

\* \* \*

Teilhard de Chardin escribió muchas páginas para ampliar sus ideas y justificar sus teorías. Se le acusó de panteísta; pero él rechazó la acusación. Dios no es todo, sino que Dios está en todos, lo cual es muy ortodoxo. Nosotros hemos expuesto, lo más sintéticamente posible, y en la forma más precisa, sus hipótesis y sus creencias. En el

acto se advierte que, cuando sale de la ciencia pura, todo es imaginación, suposición, invención, fantasía, hipótesis. En algunos momentos parece oír a un vulgar teósofo; en otros, a un vulgar espiritualista, y en otros, a un vulgar soñador. Si no es un panteísta, lo parece. No olvidemos que tenía que huir de las garras de los censores o inquisidores que cuidan celosamente, terriblemente, la ortodoxia y la fe. Por ello limaba sus frases y las acomodaba a las exigencias del marco en que debía estar encerrado para no ser tachado de hereje. Y, no obstante, lo fue: no como un hereje peligroso, sino como un pensador que sostiene teorías e hipótesis que el tomismo y la Iglesia no pueden aceptar. En sus exposiciones hay que distinguir tres partes: la parte científica en que desenvuelve su creencia en la transformación o evolución de los seres: teoría que puede ser defendida por unos estudiosos y negada por otros; la parte espiritualista en que ve crecer la Consciencia desde los orígenes de la materia hasta el Hombre, sin que falte en las plantas y en todos los seres vivientes: teoría que no puede sustentarse en pruebas y que no pasa de una hipótesis, y la parte religiosa en que muestra el cristianismo y a Cristo como un punto máximo, Omega, culminación acumulativa y progresiva de la evolución de la conciencia: teoría que la Iglesia no admite y que los indiferentes o ateos tampoco comparten pues no pasa de una suposición o imaginación.

¿Qué queda del pensamiento teilhardiano? Científicamente, muy poco. No puede imponerse por las pruebas, sino por la fe que se quiera tener en él. Lo mismo ocurre con la teosofía, con el espiritismo, con las religiones del Oriente y cualquier sistema filosófico, más o menos ecléctico, que hable de espiritualismo y cosas semejantes. No olvidemos que hay gente que cree en el Nirvana. Baruch Espinosa y Miguel Servet tuvieron sus adeptos. Sería interesante hacer un paralelo Servet-Teilhard de Chardin. Los puntos de contacto no serían pocos. En algunos momentos vuelve a Epicuro. Vida y Conciencia marchan juntas desde la piedra hasta el hombre, sin excluir plantas y animales.

¿Puede esto, sensatamente, admitirse? La consciencia se agranda a medida que la materia se hace más compleja.

¿Qué conciencia tendrá el elefante? Da como posibles hechos imposibles de demostrar. La ciencia física de la evolución prueba la existencia de Dios. La humanidad llegará a un punto Omega, de perfección insuperable, en que Dios volverá a la tierra. La creación es, para Teilhard de Chardin, la unión de elementos múltiples. Santo Tomás la consideraba, en cambio, como algo que surge de la nada. Teilhard de Chardin afirma que el espíritu emerge de la materia. Santo Tomás lo yuxtapone a la materia. Cristo llega a tener, además de sus naturalezas divina y humana, otra cósmica. Teilhard de Chardin se nos aparece como un lírico, un poeta místico del tiempo de la máquina, del trabajo, del comunismo y de la incredulidad. Por ello busca a Cristo por caminos nuevos, más difíciles de seguir que los de la vieja teología. Cristo es el mundo y como él debe ser amado. Cristo es el centro de la evolución del mundo. Amar el mundo es amar a Cristo. Mezcla de Buchner y de lirismo místico, de imaginación semidelirante y de materialismo científico-espiritualista.

¿No tienen antecedentes sus ideas fundamentales? Muchos. Su visión de una fuerza divina. Cicerón en *El sueño de Escipión* decía: "El Dios eterno mueve el Universo". Dante, al final del Paraíso: *L'amor che muove il sole e le altre stelle*. El siglo XVIII estuvo lleno de estos pensadores. La idea fundamental de Teilhard de Chardin la hemos encontrado en el filósofo científico Charles Bonnet. Este "charlatán" imaginó una cadena universal que iba desde la piedra y los vegetales hasta los animales, el hombre y Dios. En el mismo siglo XVIII se pensó que el último de los fines era llegar a la unión del hombre con Dios. La manía de las religiones atacó hasta al conocido pornógrafo Restif de la Bretonne. Quiso fundar la religión de la voluptuosidad. Era un panteísta que agitaba principios teosóficos. El Sol absorbería la Tierra, y Dios, al Sol. Todo el Universo era movido por el sol de los soles, o sea, Dios. La vida era el resultado de la unión de Dios, hombre, con la Naturaleza, mujer, etcétera.

Teilhard de Chardin merece alto respeto. Indudablemente fue un sabio, un poeta y un soñador. Imaginó una teoría evolucionista-espiritualista que la ciencia está muy lejos de confirmar. La historia de las ideas no la olvidará.

Se halla en una línea de pensamientos, doctrinas, hipótesis y ensoñaciones que empieza con Plotino, en el tercer siglo de nuestra Era, con su doctrina centrada sobre Dios y el Uno, la divina Triada y el camino para alcanzar la divinidad, y no terminará en el futuro, pues siempre habrá poetas que escrutarán las cavernas y contemplarán las estrellas.